



EL FUEGO DEL FIN DEL MUNDO

WENDELL BERRY

SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE PAUL KINGSNORTH

TRADUCCIÓN DE DAVID MUÑOZ MATEOS



errata naturae

Nuestros libros se imprimen con un papel de cubierta CREATOR SILK, y para los interiores utilizamos papel CORAL BOOK O MUNKEN PRINT. Todos ellos cuentan con las credenciales ambientales FSC, ECF, PEFC, ISO14001, ISO9001, ISO50001 Y OSHAS18001.



PRIMERA EDICIÓN: enero de 2020
TÍTULO ORIGINAL: *The World-Ending Fire*

© Wendell Berry, 2017
Originally published in the USA by Counterpoint Press
© del prólogo, Paul Kingsnorth, 2017
© de la traducción, David Muñoz Mateos, 2020
© Errata naturae editores, 2020
C/ Alameda 16, bajo A
28014 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-46-8
DEPÓSITO LEGAL: M-39916-2019
CÓDIGO IBIC: DN
IMAGEN DE PORTADA: Marina Weishaupt, 2019
MAQUETACIÓN: A. S.
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

ÍNDICE

Prólogo, por Paul Kingsnorth	7
UNA COLINA DE ORIGEN	13
LA CREACIÓN DE UNA GRANJA MARGINAL	59
PIENSA EN PEQUEÑO	73
LA NATURALEZA COMO MEDIDA	87
LA TOTALIZACIÓN ECONÓMICA	97
EL ESCRITOR Y LA REGIÓN	117
DAÑO	139
LA LABOR DE LA CULTURA LOCAL	145
EL DESARRAIGO DE ESTADOS UNIDOS	165
EL MODELO AGRARIO	183
LOS PLACERES DE LA COMIDA	199
APEROS DE TRACCIÓN ANIMAL	
Y LA DOCTRINA DEL AHORRO DE TRABAJO	209
ENTENDERSE CON LA NATURALEZA	219
UNAS PALABRAS A LA MATERNIDAD	239
DOS MENTES	245
EL PREJUICIO CONTRA LA GENTE DEL CAMPO	275
ECONOMÍA FÁUSTICA	285
CANTIDAD FRENTE A FORMA	301

VERBO Y CARNE	313
POR QUÉ NO VOY A COMPRARME UN ORDENADOR	321
EL FEMINISMO, EL CUERPO Y LA MÁQUINA	333
TRABAJO EN FAMILIA	357
INDIVIDUALISMO FERROZ	363
ECONOMÍA Y PLACER	367
DE LA DESCONFIANZA HACIA LOS MOVIMIENTOS	385
EN DEFENSA DE LAS LETRAS	399
ALGUNAS IDEAS SOBRE CIUDADANÍA	
Y CONCIENCIA EN HONOR A DON PRATT	405
VA A TRANSIGIR QUIEN YO TE DIGA	425
EL CAMINO DE LA IGNORANCIA	435
EL FUTURO DE LA AGRICULTURA	455
LA CRECIDA	459
Procedencia de los textos	475

PRÓLOGO
Paul Kingsnorth

En honor a Wendell Berry escribo este prólogo a mano, con un bolígrafo, sobre un pequeño cuaderno de tapas duras. Me parece lo apropiado. Berry es alguien que nunca ha actualizado sus útiles de escritura: no ha sustituido el lapicero siquiera por una máquina de escribir ni, desde luego, por herramientas más complejas, como explica en el breve y lúcido ensayo «Por qué no voy a comprarme un ordenador» (p. 321). Igual que el resto de sus decisiones, ésta parece surgir de una profunda reflexión. Tanto al pensar en su obra literaria como en sus labores agrarias, los lectores de Wendell Berry compartimos la impresión de que es un hombre que no hace nada a la ligera, que escoge las palabras con el mismo cuidado con que realiza cualquier trabajo.

Con esa impresión en la cabeza, pienso ahora que tal vez él no aprobaría la forma un tanto negligente con la que he utilizado el término «actualizar». No sólo por lo feo que resulta: parece implicar además que el lapicero es un útil de menor entidad que el ordenador, simplemente por ser más antiguo y menos complejo. Sin embargo, en el mundo de Berry, ser más antiguo

y menos complejo es, con frecuencia, una virtud. A sus más de ochenta años, aún utiliza caballos para trabajar las tierras que posee en Kentucky, y no por nostalgia, sino porque los caballos hacen mejor labor que los tractores y la jornada más placentera. Lo explica muy bien en «Aperos de tracción animal y la doctrina del ahorro de trabajo» (p. 209).

Como les ocurre a todos los pensadores que eligen seguir caminos en contra de las modas y los intereses del poder, a menudo se hace mofa de Wendell Berry por el delito de reflexionar con absoluta seriedad sobre las cosas: se le acusa de «vivir en el pasado», de «querer volver atrás en el tiempo», entre otros desprecios igualmente predecibles y extraídos al azar del acervo intelectual del progreso. Él mismo reconoce que desde cierto punto de vista puede parecer una reliquia de otra época. Nacido en mitad de la Gran Depresión, en una familia de granjeros que, como todas las familias de granjeros de la zona, aún trabajaba la tierra a la usanza preindustrial, es una figura única dentro de la literatura y el pensamiento norteamericano contemporáneo. Su primera educación fue la granja, hasta que la abandonó para estudiar y viajar, mudándose finalmente a Nueva York con el propósito de «convertirse en escritor». Era una época, igual que la actual, que se recogía bajo la alargada sombra de la modernidad, en la que los escritores parecían estar obligados a buscar acomodo en la metrópolis para trabajar como desarraigados cronistas de su propio desasosiego.

Sin embargo, Berry sintió pronto la necesidad de regresar al Kentucky rural en que había crecido. Era el lugar mismo el que lo reclamaba. Por lo que sé, no es algo insólito: ciertos lugares reclaman para sí a ciertos escritores, para que cuenten sus historias. Y no eran las historias de Nueva York las que Wendell Berry debía contar, entre otras cosas porque ya había plumíferos de sobra haciéndolo. Por eso, bajo la mirada horrorizada de sus colegas y mientras algunos de ellos intentaban convencerle de

que estaba cometiendo una insensatez, dejó la ciudad, regresó a su tierra y compró una granja a siete kilómetros de aquella en la que había crecido, en la misma región en que su padre y su madre crecieron antes que él. En ella ha vivido, trabajado y escrito durante el último medio siglo. Ha contado sus historias y, a través de ellas, la historia de Estados Unidos y la de esta modernidad en nombre de la cual el hombre le ha dado la espalda a la tierra que un día cultivó y a la cual ya sólo vuelve para esparcir sus desechos.

Ésa es la imagen recurrente de todos estos ensayos; la tierra de labor, la gleba. Una y otra vez, Berry lleva sus cavilaciones al mantillo terrestre, a la materia en descomposición, a los nutrientes del suelo. Se trata tanto de una metáfora para el escritor como de una realidad para el campesino, y en el caso de Wendell Berry las metáforas nunca son más importantes que la realidad. «De nada sirve hablar sobre el conocimiento transformador o la salvación del alma», le escribió a su amigo, el poeta Gary Snyder, en 1980, «si no puedes evitar la degradación del suelo». Según algunos cálculos, más de la mitad del mantillo terrestre se ha degradado y perdido en los últimos cien años por culpa de ese ataque contra la naturaleza que conocemos por el nombre de agricultura industrial. Puede que, a este ritmo de erosión, contaminación y vertidos, nos quede mantillo para unos cincuenta o sesenta años más. La población humana sigue creciendo y, con ella, aumenta la destrucción del suelo en el que cultivamos nuestra comida. Es quizá el problema menos seductor de todo el ecologismo, pero para el futuro de nuestra civilización, que depende aún de los agricultores, queramos reconocerlo o no, tal vez sea el más importante.

Wendell Berry lo sabe, porque lo ve todos los días y porque es su trabajo. Tras leer durante meses cada uno de los libros de ensayos que ha publicado, la imagen que más presente tengo es la que aparece al comienzo de «La labor de la cultura local»

(p. 145), escrito en 1988. Un cubo galvanizado cuelga de uno de los postes de la valla que cerca una hondonada. En las tierras que hasta no muchos años antes había trabajado su abuelo, crece ahora un pequeño bosque. Dentro del cubo, lentamente y a lo largo de muchas décadas, ha ido formándose el mantillo:

El viejo cubo ha pasado ahí muchos otoños y las hojas han caído a su alrededor, y algunas dentro de él. Las que han llegado al interior han conservado la humedad y han terminado pudriéndose. También han caído en el cubo algunos frutos secos, o quizá han sido transportados por las ardillas; los ratones y las ardillas se los han comido y han dejado las cáscaras y también sus excrementos, igual que otros animales. Los insectos han volado hasta el cubo y han muerto y se han descompuesto, las aves han escarbado en su interior y también han dejado sus deyecciones y, tal vez, una o dos plumas. Esta lenta labor de crecimiento y deceso, de gravedad y descomposición, que es la labor primordial del mundo, ha terminado creando en el fondo del cubo una capa de humus negro de varios centímetros. Lo contemplo con fascinación, pues tengo algo de campesino y algo de artista, y reconozco en ese cubo una labor creativa y una labor de cultivo muy superiores a las mías, muy superiores a las de cualquier ser humano.

Hay esperanza en la paciencia, en la lentitud. No la hay tanto, sin embargo, en las cosas en que habitualmente la ciframos. La seriedad del pensamiento de Berry desafía las categorías políticas tradicionales: la noción de activismo, de movimiento, la eficacia misma de la política a escala nacional y global. Es, por ello, una lectura liberadora para aquellos que prefieren pensar por sí mismos. A la «derecha» las consecuencias del amor al dinero y los mercados, del poder otorgado a las grandes empresas, del crecimiento económico sin anclaje a un lugar, que devora la naturaleza y la cultura y sólo deja ruinas a su paso. A la «izquierda»

las consecuencias del individualismo desarraigado, de los derechos sin ceremonias, del rechazo de toda tradición, del sometimiento ante lo cosmopolita y lo urbano.

En lugar de estas etiquetas agotadas, para aquellos que aún tienen necesidad de categorías, Berry propone dos alternativas acuñadas originalmente por su mentor, el escritor Wallace Stegner: *boomers* y *stickers*. *Boomers* son aquellos que se afanan, sin prestar atención a lo que les rodea, tras la promesa de El Dorado, o que se apresuran a monetizarlo cuando creen haberlo encontrado, los acólitos del crecimiento y el progreso™. *Stickers* son los que encuentran un lugar y lo convierten en su hogar, los que se establecen en él e intentan dejarlo un poco mejor de lo que lo encontraron. La fórmula que sugiere Wendell Berry para una buena vida en una buena comunidad es sencilla y, afortunadamente, no pretende ser original. Ve más despacio. Presta atención. Haz buenas obras. Quiere a tus vecinos. Ama tu hogar. No te alejes de él. Confórmate con menos, disfrútalo más.

Wendell Berry es un escritor extraordinariamente prolífico. Los ensayos que aquí se recogen han sido seleccionados entre centenares de ellos, escritos a lo largo de más de cinco décadas, lo que significa que la selección es personal e incompleta, y que probablemente todo el mundo encuentre motivos para discrepar de los criterios utilizados. Aun así, creo que es una muestra de la mejor escritura y las mejores ideas de un hombre notable —campesino, poeta, novelista, filósofo— que merece mayor reconocimiento del que tiene dentro y fuera de Estados Unidos. Espero que este nuevo volumen le granjee algún admirador más. Ahora, más que nunca, necesitamos voces como la suya.

Condado de Galway, Irlanda
Mayo de 2016

UNA COLINA DE ORIGEN

*Humilla tu vanidad, no fue el hombre
el que hizo el valor, o el orden, o la gracia,
humilla tu vanidad, digo, humíllala.
Aprende de la naturaleza el lugar
que te puede corresponder.*

EZRA POUND, «Cantar LXXXI»¹

1

Esta colina no es una colina en el sentido habitual del término. No tiene un «otro lado» al que se pueda llegar. Se trata en realidad de un brazo de la meseta central de Kentucky, llamada The Bluegrass, que puede pensarse como una larga línea de crestas extendiéndose desde su centro, cada vez más estrechas, cortadas y divididas por sucesivos valles. El pueblo de Port Royal, en el condado de Henry, se asienta en la zona más alta de la meseta, por encima incluso de dos valles atravesados por arroyos que se abren en direcciones opuestas, hacia el Gullion's Branch y el Cane Run, para encaminarse más tarde hacia la cuenca común del río Kentucky. En la falda de la colina se encuentra mi casa, al abrigo de la ladera que baja desde el pueblo al río. Éste, cuyas

¹ Ezra Pound, «Cantar LXXXI», en *Cantares completos*, tomo III, Madrid, Cátedra, 2000, p. 2285. Trad. cast.: Javier Coy. (Todas las notas son del traductor, salvo que se indique lo contrario).

aguas han excavado lentamente la meseta para descender de ella, queda a unos cien metros de la puerta.

Todos mis abuelos y bisabuelos han vivido en menos de seis kilómetros a la redonda de Port Royal, ya fuera en la meseta o en el nacimiento del valle, y han legado tantos recuerdos como sus descendientes se han preocupado por conservar. No somos muchos. La historia familiar en este lugar se remonta al tatarabuelo de mi madre y al bisabuelo de mi padre, de quienes no quedan más que vagas reminiscencias transmitidas de boca en boca. Antes de Port Royal, el único enclave con el que sabemos que tenemos algún vínculo es Cashel, un pueblo en el condado de Tipperary, en Irlanda, del que emigró de niño uno de mis bisabuelos para pasar el resto de su vida aquí. Se llamaba James Mathews y era zapatero. Su vida encajó tan bien en este nuevo hogar que se le considera, incluso entre la familia, un oriundo más. Y los únicos recuerdos reales de Cashel son los míos, cosechados tras visitar el pueblo brevemente hace ahora cinco años.

En otras palabras, toda la historia de mi familia es la historia de su vida en este lugar. Lo que sabemos acerca de nosotros mismos está unido a él. Y dado que yo crecí aquí y que aquí viví las experiencias más intensas y significativas de mi vida, este lugar me ha resultado siempre inseparable de esa historia, y en cierto sentido mi propia vida es también inseparable de ella y de este lugar. Es una herencia compleja que me ha enriquecido y perturbado a partes iguales.

Yo nací en el momento en que se acababan los *viejos tiempos* y las últimas gentes de esos *viejos tiempos*. En esta zona, la Depresión y la Segunda Guerra Mundial demoraron la mecanización del campo y una de las primeras tareas que se me encomendaron, siendo aún muy niño, fue la de llevar las mulas. Puede que mi aprendizaje comenzara junto al padre de mi padre, quien, deteniendo las mulas delante de mí, solía preguntarme cuál de ellas

tenía la mejor cabeza, cuál la mejor grupa o el mejor pecho, cuál era la mula guía, o si estaban correctamente uncidas. Y llegó un momento en el que supe las respuestas y me enorgullecí de ello. Con el anhelo, tan propio de los niños, de jugar a aquello que ven hacer a los hombres, aprendí a uncir y a cinchar las mulas y a trabajar con ellas la tierra. Ese conocimiento me hizo sentir importante, y me precié de él igual que otros chicos presumen de saber de coches. Ahora tengo la impresión de haber nacido con un talento innato para una forma de vida que estaba condenada a desaparecer, algo que no podía comprender en aquella época. Sin intuición alguna de su condena, disfruté y aprendí de ella todo cuanto pude.

Tanto aquellos saberes como los hombres que me los proporcionaron me marcaron profundamente. Conquistaron mi imaginación y le dieron consistencia y tono a mi pensamiento. Crearon en mi conciencia nociones de posibilidades y límites, deseos y frustraciones, que no espero ser capaz de satisfacer o resolver jamás. Y resulta extraño pensar que lo hicieran por un margen de tiempo tan escaso. Si hubiera nacido cinco años después, habría conocido un mundo diferente y, sin duda, me habría convertido en otro hombre.

Esos cinco años supusieron una diferencia fundamental en mi vida, que es, también, una diferencia histórica. Han supuesto, por ejemplo, que yo sea algo así como un anacronismo dentro de mi generación. Soy menos hijo de mi tiempo que los que crecieron en las ciudades o que aquellos que lo hicieron cinco años después en este mismo lugar. Sólo he podido aceptar la realidad del siglo xx con cierta voluntad por mi parte, al contrario que la mayoría de mis contemporáneos, que lo hicieron por la sencilla razón de haber nacido en ella.

De adolescente, interno en el colegio, me consolaba recordando uno a uno los detalles de las tierras en las que había trabajado y

jugado, en las que había cazado, las que había recorrido a caballo: tierras que, para mí, se ramificaban en intensos vínculos con ciertas personas y ciertas historias. Era capaz de recordar incluso la fortuita ubicación de determinadas piedras. Recordaba incluso las variaciones de la luz sobre esos campos, la imagen de los animales pastando en ellos, las posturas y las maneras y los movimientos de los hombres que los trabajaban, la calidad del pasto y de los cultivos que daban. Había adquirido una conciencia de esas tierras como la que uno adquiere de su propio cuerpo: las tenía siempre presentes, pensara o no en ellas.

Siempre que he reflexionado acerca del bienestar de la tierra, acerca de su salud y su conservación y acerca de cómo cuidarla, éste ha sido el lugar que ha aparecido ante mí, la parte que de forma más precisa y viva representaba el todo, trasladándome sus peticiones con mayor claridad y urgencia que cualquier *idea* del todo. Cuando he pensado acerca de la bondad y la crueldad, el agotamiento y la exuberancia, la devoción y la traición, el cuidado y el descuido, la torpeza y la persistencia y la fluidez, han sido los hombres y las mujeres que han habitado este lugar los que mi mente ha convocado: sus rostros, sus gestos, sus movimientos.

He pensado a menudo en una conversación que tuvo lugar hace algunos años en un despacho de la Universidad de Nueva York. Yo llevaba ya varios años viviendo fuera de casa —en California, en Europa, en la propia Nueva York— y había decidido regresar a Kentucky y aceptar un puesto de profesor en la universidad estatal, abandonando así el que tenía en la Universidad de Nueva York. Aquel día, uno de mis superiores me hizo acudir a su despacho con la intención, ya me había dado cuenta, de convencerme para que me quedara en Nueva York, «por mi propio bien».

Había sido una decisión difícil de tomar, largamente meditada: ¿acaso no había alcanzado el que era, prácticamente, uno

de los grandes objetivos de todo escritor estadounidense? Vivir en la mejor ciudad del país, tener un buen trabajo, relacionarse con otros escritores y hablar con ellos y aprender de ellos. Todo hacía pensar que pronto participaría de forma aún más activa en los círculos literarios de la ciudad. Sin embargo, me resultaba evidente que no había escapado de Kentucky y que en realidad no quería hacerlo. Nunca había dejado de escribir sobre mi lugar de origen, y a esas alturas ya me había reconocido a mí mismo que probablemente lo seguiría haciendo el resto de mi vida. Kentucky era mi destino —y ni siquiera uno por completo satisfactorio, aunque muchas cosas me satisfacían de él—: un destino que no podía dejar atrás por el mero hecho de mudarme a otro lugar, y que me sentía obligado a mirar de frente y a tratar de comprender a toda costa. Pero, aún más importante: era un lugar que seguía amando y del que deseaba volver a formar parte. Eso, también, era algo que debía comprender. ¿Por qué lo amaba más que a cualquier otro? ¿Qué podía significar ese amor, para qué podía servir?

El decano de la facultad comenzó aquella conversación mencionando a Thomas Wolfe, que había sido profesor de esa misma casa. «Joven», me dijo, «¿no te das cuenta de que no puedes volver a casa?»². Y siguió hablando de las ventajas que, para todo escritor en ciernes, ofrece la vida en Nueva York, rodeado de otros escritores y editores.

La conversación continuó como un tenaz ejercicio de cortesía con el objetivo de abrirme los ojos a lo inaudito de mis deseos. Era tan consciente como Wolfe de que hay cierto sentido *metafórico* según el cual nunca podremos volver a casa: el pasado se ha esfumado y no puede vivirse por segunda vez. Era perfectamente consciente de que no podía volver a casa a ser un niño

² *No puedes volver a casa* es el título de una novela de Thomas Wolfe, publicada póstumamente en 1940.

de nuevo ni a retomar los seguros placeres de la infancia. Pero también sabía que todo aquello se invocaba con un patetismo y un sentimentalismo autoindulgentes y perfectamente ridículos. La casa —el lugar, el terreno físico— aún estaba ahí, bastante parecida a como la dejé, y no había razón alguna por la que no pudiera volver a vivir en ella si me venía en gana.

En lo que atañía al mundo literario, reconozco que disfruté siendo parte de él. Sabía que, puesto que soy escritor, siempre tendría cierta importancia en mi vida, que encontraría interés en él. Pero también sabía que, para mí, el mundo era mucho más importante que el mundo literario; y que aquél me resultaría más plena y nítidamente presente en el lugar que, por nacimiento, estaba destinado a conocer mejor que ningún otro.

Mi decisión, por tanto, estaba tomada de acuerdo a las inclinaciones más íntimas y necesarias. Lo que hace que aún recuerde esa conversación es, en realidad, la intuición de que en ella se enfrentaban dos mentes radicalmente diferentes, y que ese enfrentamiento recogía ecos históricos cruciales.

No pretendo afirmar que en aquel momento fuera consciente de todo lo que ocurría en la mente de ese otro hombre, pero sí me resultaba evidente que él trataba de erigirse en representación del mundo literario, ese mundo al que, en su opinión, yo debía aspirar por encima de cualquier otra cosa. Basaba su argumento en la creencia de que cuando uno ha alcanzado la gran ciudad, la capital de la República de las Letras, la valía de los orígenes quedaba anulada; que, sencillamente, no podía haber nada *de valor* a lo que regresar. Aquello que uno dejaba atrás ya no formaba parte de la vida, y se convertía en mero «contenido literario». También esgrimía la idea, más que asumida entre los intelectuales, artistas y escritores estadounidenses, según la cual regresar a un lugar de origen como el mío sólo podía significar la muerte intelectual: al margen de los manantiales culturales de la metrópolis, en la América rural, reinaban sin oposición

Circe y Mammón. Y, por último, defendía la noción de que la vida en la metrópolis es *la experiencia*, la experiencia moderna, y que la vida en los pueblos, en las granjas y en el campo no sólo resulta irrelevante para nuestra época, sino anticuada, pues al fin y al cabo la ignoran o desdeñan aquellos que de verdad importan, esto es, los intelectuales urbanos.

Durante los años siguientes habría de darme cuenta de lo erróneas, torpes y destructivas que eran esas ideas. Incluso en aquella época sabía que la vida fuera del mundo literario no carecía de precedentes notables: de un lado estaba Thomas Wolfe, pero del otro estaba William Faulkner; de un lado estaba Henry James, y del otro estaba Henry David Thoreau. Sin embargo, lo crucial no estaba ahí, sino en la relación con unas hectáreas de tierra que eran mías por herencia y nacimiento y en la intimidad que la mente crea con el lugar en el que empieza a comprender el mundo.

Todas las dudas y los titubeos quedaron olvidados al observar en qué se convertía mi vida en Kentucky: nada me aburría ni me empequeñecía ni me embrutecía aquí; al contrario, empecé a sentirme más vivo y más lúcido que nunca.

Había provocado un cambio fundamental en mi relación con este lugar: hasta entonces me había pertenecido por coincidencia o accidente; ahora me pertenecía por elección. Si mi regreso había sido, al principio, tentativo, lleno de incertidumbres, poco a poco se volvió firme y comprometido. Había vuelto para quedarme. Esperaba vivir aquí el resto de mi vida. Y una vez asentado, empecé a *ver* el lugar con una nueva claridad, un nuevo discernimiento, una nueva seriedad. Antes de mudarme, cierto amigo me insistió en que nada nuevo encontraría al llegar, que de este sitio ya conocía todo lo que había que conocer, y pensé que cabía la posibilidad de que tuviera razón. Sin embargo, fue sólo a mi regreso cuando empecé a comprender la abundancia

y la verdadera riqueza de este lugar. Que su historia, los detalles de su existencia, sus posibilidades eran inagotables. Empecé a recorrerlo de un lado a otro, observando, escuchando, oliendo, sintiendo, presente en él como nunca lo había estado. Asistí a las conversaciones de mis familiares y vecinos prestando verdadera atención a los conocimientos que transmitían y a las energías y ritmos de sus modos de expresión. Empecé a aprender, con más dedicación que antes, los nombres de lo que me rodeaba: las plantas silvestres, los animales salvajes, los procesos naturales, los topónimos locales, y a articular mis observaciones y mis recuerdos. Mi propio lenguaje aumentó y cobró vigor e hizo que mi mente arraigara en la tierra. Y así se subvirtió el orden habitual de las cosas, y con él me subvertí a mí mismo: ya no cifraba en la mente la sublimación de la existencia, sino en su raigambre. Empecé a considerarme uno más entre los animales, las plantas y los árboles que habitamos esta tierra. Y vi mi cuerpo y cada uno de mis movimientos como las breves coherencias en que se articulaba la energía del lugar, y pensé que aquí reposaría un día como las hojas en otoño.

★

Éste no ha sido un proceso exento de sufrimiento. Mientras vivía fuera, observaba los males que asolaban otros lugares con los ojos curiosos del viajero: no me sentía responsable de ellos y no me costaba nada criticarlos, pues no era mucho el tiempo que llevaba allí y tampoco pensaba quedarme demasiado. Pero aquí, ahora que soy tanto nativo como ciudadano, no puedo pasar sin más al lado de lo que está mal. Me es imposible escapar a la sensación de estar inmerso en el flujo de la historia. Gran parte de lo que ahora soy viene determinado por aquello que mis ancestros fueron y por cómo decidieron tratar este lugar durante el tiempo que permanecieron en él: las acciones de la

mayoría de ellos lo empobrecieron y limitaron sus posibilidades y su futuro. Y día tras día me enfrento a la pregunta de qué herencia dejaré yo. De lo que tengo, ¿qué estoy agotando? Ésa es, al fin y al cabo, nuestra historia: el encuentro, generación tras generación, con un lugar cada vez menos hospitalario en el que dejamos menos para los que vienen detrás. Un suelo menos fértil y una herencia repleta de nuevos precedentes destructivos, de pasados vergonzantes.

Me asalta y me paraliza constantemente el recuerdo de que mi familia se asentó en esta tierra tras matar o expulsar a quienes la habitaban antes que ellos, de que compraron y vendieron hombres y mujeres aquí mismo y de que emplearon la violencia contra sus semejantes y contra la propia tierra; el recuerdo de que fracasaron una y otra vez en la misión de trabajar en beneficio del lugar y de quienes lo habitan. Me veo obligado, pese a todas mis esperanzas y mis inclinaciones, a contemplar la historia de mi familia aquí como la perpetuación de la condena que pesa sobre aquello que más aprecio en el mundo: la vida y la salud de la tierra, la paz de las comunidades humanas y sus hogares.

Y por eso, este lugar, que amo más que ningún otro y que he elegido entre todos los demás para vivir mi vida, es el lugar de la tierra donde más dolorosa ha de hacerse mi lucha interior.

No conozco mejor puerta de entrada al infortunio de nuestro legado que el relato de «La batalla de las teas ardientes», tal y como aparece en la *Historia de Kentucky*, de Collins, «extraída de la autobiografía del reverendo Jacob Young, pastor metodista». El «Newcastle» al que se refieren es el New Castle de hoy en día, la capital del condado de Henry. Transcribo el fragmento completo:

El atuendo de los hombres de Kentucky era una camisa de caza, pantalones de ante sujetos por un cinturón de cuero, una vaina